**HISTORIA DEL GAS – HISTORIA DEL ALUMBRADO PUBLICO**

Las ventajas del gas natural se conocieron por primera vez en China cuando comenzaron a utilizarlo para evaporar agua y producir sal. En 1699 un grupo de misioneros descubrió el primer depósito de este combustible en el Nuevo Mundo, que burbujeaba en los esteros del norte de Nueva York y en 1802 se iluminaron con gas natural las primeras calles de Italia, en la ciudad de Génova. Cincuenta años más tarde se construía en la ciudad de Pennsylvania el primer gasoducto moderno que media menos de 9 Km y tenía dos pulgadas de diámetro.

La explotación comercial del gas natural comenzó en el siglo pasado y se destinaba principalmente a la generación de electricidad para iluminar las calles con faroleras a gas. Su uso no se masifico hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando avances tecnológicos en la fabricación y soldadura de acero permitieron construir gasoductos de mejor calidad y mayor extensión. Ello genero un boom de exploración de yacimientos gasíferos y construcción de tuberías especialmente en Norteamérica y los países de la ex Unión Soviética. Una vez desarrollado un sistema de transporte y distribución la industria comenzó a utilizar el nuevo combustible en sus procesos manufacturados y en plantas procesadoras. También se desarrollaron aplicaciones domesticas a este combustible como calefacción, calentar agua, secar ropa y cocinar.

Cuando se contempla el largo proceso del alumbrado en la Ciudad de Buenos Aires, debe reconocerse como este se insinúa varios años después de su fundación definitiva. En efectos, la población carece, durante buena parte de su etapa inicial, de alumbrado público. Luego, en periodos subsiguientes, vive prácticamente en penumbras. Corresponde a Vertiz, dar el primer envión orgánico, instalando una modesta iluminación urbana. Más tarde, con intermitencias, las etapas se suceden sin notables transformaciones. Termina la colonia y tampoco el periodo de la emancipación señala progresos visibles. Las calles seguían a oscuras.

Debe advertirse, sin embargo, que la lentitud en que se incrementa el alumbrado en los tres siglos transcurridos, no es un fenómeno exclusivamente nuestro. Con muy pocas diferencias ocurría lo mismo en las demás ciudades del mundo. Acaso dependía de los precarios medios usados en la iluminación, teas, candiles, velas y lámparas de aceite, marcan el proceso de los trescientos años mencionados, en todos los países del universo. Esta circunstancia muestra que el alumbrado, en el largo periodo de la civilización humana, a partir de la época de las cavernas, hasta principio del siglo XX, con los faroles de alcohol, poco había prosperado. Su evolución no guarda relación con los adelantos de todo orden que la humanidad había ido conquistando. Todo se transforma en ritmo constante, menos el alumbrado. A esta manifestación de carácter universal, respondía Buenos Aires. Si entre nosotros, los edificios del 1600, mantenían relación con las velas de sebo, ello, con poca diferencia, sucedía en Europa, donde soberbios palacios, lujosamente amueblados y decorados, usaban también velas de cera para alumbrar sus majestuosos salones, recorrían las calles escoltados por portadores de antorchas. Sirva este antecedente para excusar y explicar la oscuridad de calles porteñas, incluso la mediocre iluminación de sus hogares.

Los faroles de kerosene aparecen en 1865, el primero de abril de 1905, varía el sistema, instalándose los primeros 200 faroles alimentados a alcohol. Los administra directamente la Municipalidad por intermedio de la Inspección de Alumbrados. Así continúa hasta 1918, fecha en que los 2424 faroles en servicio, fueron sustituidos por faroles de kerosene, debido a la escases de alcohol que produjo la guerra de 1914-1918. En 1920, vuelven a ponerse en uso 374 faroles a alcohol, número que en 1927 alcanza un total de 5129 faroles de alcohol, para descender entre los años 1928 a 1931, en que el Intendente Municipal don José Guerrico, en un acto simbólico, radia el último farol situado en la intersección de las calles avenida del Trabajo y Escalada.

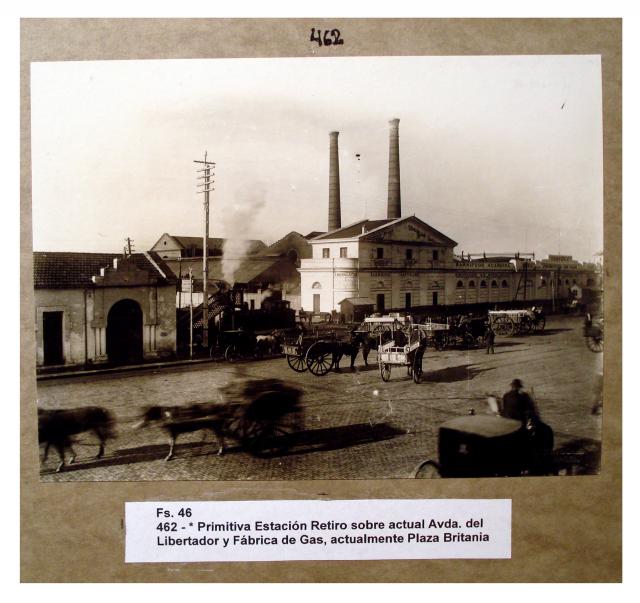
Los faroles de alcohol terminan para dar paso a la iluminación a gas, después de una gestión laboriosa. Los primeros ensayos se realizan el 25 de Mayo de 1824, cuando el ingeniero Santiago Bevans instala un gasómetro en el solar contiguo al lugar donde después estuvo la Curia Eclesiástica. Festejando la fiesta patria, se ilumino la Pirámide y con este acto el vecindario contemplo la Plaza a la luz del gas. Se hicieron otros experimentos, no obstante, recién en 1853, la Honorable Sala de Representantes autorizo al Poder Ejecutivo para contratar el alumbrado a gas de la Capital. Así, el 11 de septiembre de 1854, se celebro un contrato con los señores Jaunel Hermanos, para la iluminación a gas de todas las calles empedradas, comenzando por las que circundan la Plaza de la Victoria. El alumbrado a gas queda prácticamente establecido en el año 1856.

Al establecerse en 1856 el alumbrado a gas, Buenos Aires inicia el ciclo de la luz. Pero la claridad del gas, tan elogiada en esos años, entro en la penumbra mortecina y rojiza al compararse con los primeros focos eléctricos, y de estos, de filamento carbónico, fueron superadas por la más pura luminosidad de los de filamento metálico, que a su vez, pierden intensidad luminosa con las flamantes actuales lámparas de “gas de mercurio”.

En efecto, con el alumbrado a gas, Buenos Aires desgarra los celajes de su tradicional obscuridad y entra en el área de la luz. Los señores Jaunet Hermanos, primeros contratistas, transfieren su convenio a la Compañía Primitiva de Gas, que instala su fábrica en el Bajo del Retiro (actual Plaza Británica) y abre sus oficinas en la entonces calle Cuyo número 48 (hoy Sarmiento). Allí se inscriben los interesados en tener gas para la iluminación domestica.

Los conductos colocados en 1856 en el bajo de las Catalinas y calle del Parque (ahora Lavalle) se extienden de San Martin a Florida y calle de la Piedad (actual Bartolomé Mitre) luego por Cuyo, de la Piedad, 25 de Mayo, San Martin y Plaza de la Victoria. En marzo se coloca la cañería por la Recova y el 25 de Mayo de 1856, se ilumina con gas la Plaza, el Cabildo, la Municipalidad y la Recova. El 5 de julio, el Teatro Argentino cambia por gas el aceite de las candilejas y la total iluminación del coliseo. Como siempre que algo contraria la rutina, hay una protesta, en esta ocasión la prensa, tan indiferente en tiempos pasados respecto al alumbrado, critico las nuevas luminarias, porque “parecía como si la ciudad estuviera siempre de fiesta”. Este estúpido comentario pinta un carácter y expone la psicología colonial que persistía entonces.

El gasómetro del Bajo del Retiro, se convirtió en sitio obligado de reunión de curiosos y, a pesar de las constantes recomendaciones, no pudo evitarse que muchos quisieran apagar la llama de gas soplando el mechero, como hicieron con velas y candiles. Esta peregrina intención, tuvo desagradables consecuencias, provocando accidentes y explosiones. El apogeo del alumbrado a gas, estimulo el establecimiento de nuevas empresas. Se constituyen: la Compañía Nueva de Gas de Buenos Aires Limitada, la Compañía Argentina de Gas y la Compañía de Gas de Belgrano. Las dos últimas adquiridas a su vez por la River Plate Gas Company Limited. La multiplicidad de compañías provoco que la ciudad se viera minada por cañerías superpuestas, motivando serios trastornos. La solución práctica se consiguió con la fusión de todas ellas en la Compañía Primitiva en 1910. Dicho convenio, en base a una prorroga por veinte años en su concesión, la obliga a trasladar su planta de producción del Retiro, cuyos terrenos cede gratuitamente a la Municipalidad.



En 1920, la Compañía Primitiva de Gas, ceso en el suministro de fluido para el alumbrado público y en 1938, se retiraron los últimos 39 faroles de la Plaza Rubén Darío, sustituidos por alumbrado eléctrico.

A partir del alumbrado a gas de 1856, la iluminación de la ciudad se desarrolla a ritmo acelerado. La lucha con las sombras adquiere contornos triunfales; la vieja Buenos Aires, de aspecto colonial, se transforma, las calles se hacen transitables y la piedra nivela las calzadas y facilita la limpieza. Parecería que con el alumbrado se impulsaran singulares energías urbanistas, modificando el aspecto de la ciudad, cual si se prepara a futuros progresos festivales.

Así era, sin duda. Creeriase que de los faroles de gas, trascendían determinadas perspectivas de incidencia social y de relación edilicia, promoviendo la importancia de ciertos barrios centrales y el progreso de otros lejanos. Hasta entonces, y a pesar de los siglos transcurridos, la ciudad restringe su desarrollo a los contornos cercanos a la Plaza de la Victoria, de acuerdo a las mercedes y al repartimiento que hiciera su fundador.

En ese año 1858, las calles más favorecidas por el alumbrado suponen, asimismo, las más pobladas, deduciendo por ello el valor de la propiedad y la jerarquía social de las mismas. La calle mejor iluminada, con 82 faroles, era la de la Piedad (Bartolomé Mitre) la seguía Rivadavia con 74 faroles. Cangallo y Victoria (actual Hipólito Yrigoyen) contaba con 61 faroles cada una. Esa era la zona de luz de la ciudad en torno a la Plaza. San Martin y Perú tenían 32 y 31 faroles respectivamente. Potosí (hoy Alsina) con 51 faroles, Moreno con 48, Belgrano con 46, Bolívar con 42 y Balcarce con 24 faroles.

Más al sur, México con 36 faroles, Chile con 35, Independencia con 31. De ahí, siempre al sur, disminuye el alumbrado como información de la categoría. Así Europa cuenta con 17 faroles, Comercio con 15, Cochabamba con 7, Estados Unidos con 5, San Juan con 4 y Brasil con 1, ya en pleno barrio “del Alto”.

Las calles transversales de norte a sur, a partir de Perú, son: Buen Orden, Chacabuco, Piedras y Tacuarí con 24 faroles cada una. Luego Lima con 15 y Salta con 6 faroles.

Por el barrio norte, las calles que corren hacia el sur, son las siguientes: Paseo de Julio, con 27 faroles, 25 de Mayo con 22, reconquista con 24, San Martin con 32, Florida con 29, Maipú con 24, Esmeralda con 27, Suipacha con 27, Artes con 20, Cerrito con 3, Libertad con 12, Talcahuano con 3, Paraná con 6 y Montevideo con 3 faroles.

De este a oeste: Cuyo con 51 faroles, Corrientes con 43, Parque con 60, Tucumán con 36, Temple (actual Viamonte) con 37, Córdoba con 32, Paraguay con 4 y Charcas con 12 faroles.

Tal la distribución de los faroles de alumbrado que donde se acaban los mismos, se termina la parte urbana de la ciudad y comienza lo que pudiera llamarse el rancherío. Ranchos dispersos y baldíos, transformados hoy en enormes rascacielos.

El censo Municipal de 1887, nos ofrece datos curiosos, poniéndonos en contacto con una ciudad desconocida, Mejor, con una etapa de la historia del alumbrado en Buenos Aires, de muy reducidas dimensiones. Había entonces en las calles solamente 5.079 faroles a gas y 3.160 faroles a kerosene. En aquellos tiempos la ciudad contaba con 33.804 casas, de las cuales solamente 12.211 estaban alumbradas a gas. El costo del alumbrado a gas alcanza la suma de 254.454 pesos, y el alumbrado a kerosene insume la cantidad de 59.652 pesos.

Existía ya luz eléctrica en la ciudad, como alumbrado particular, pero estos datos no figuran en el censo.

Como dato ilustrativo, expondremos el monto de los capitales consignados en el Censo de 1887, a las Sociedades Anónimas. Era la siguiente:

La Sociedad Anónima “Gas Argentino

Giraba con un capital de………………………………………………………………10.000.000 de pesos

“La Cooperativa Alumbrado a Gas”……………………………………………… 2.500.000 de pesos

“La Telefónica y Luz Eléctrica”…………………………………………………….. 500.000 de pesos

“Alumbrado Eléctrico Edison” …………………………………………………….. 500.000 de pesos

Si esta era la situación de las sociedades anónimas, la parte fabril, anota el censo aludido, contaba con dos fábricas de velas de estearina, que no podían comparar su producción con la extranjera, y 9 fábricas de velas comunes consumidas por las calles pobres. Hasta 1870, las fábricas francesas acaparaban la producción de este artículo, después las reemplazaron en el monopolio las fábricas italianas, para dar más tarde lugar a las nacionales.

Existan en 1887, 5 usinas de gas, en cuanto a la fuerza motriz, de los 512 establecimientos censados, 389 utilizaban vapor, 46 gas y 77 tracción animal.

En 1889 se estaba concluyendo la usina del Parque 3 de Febrero, destinada por la Municipalidad a iluminar eléctricamente los paseos de este lugar predilecto de la sociedad porteña, cuando se supo el espantoso incendio que consumió la “Opera Cómica” de Paris, cuyas pavorosas consecuencias conmovieron al mundo. Tan terrible acontecimiento decidió a las autoridades de Buenos Aires a imponer la luz eléctrica como medio de alumbrado al nuevo coliseo “La Opera”, del señor Roberto Cano, cuyo edificio estaba en vías de terminarse. Fue el primer teatro de importancia en la América Latina que abriría sus puertas al público con una instalación completa de alumbrado eléctrico y la expulsión completa del alumbrado a gas, de tan funestos resultados en la Opera Cómica de Paris. Para proveer de energía eléctrica a la instalación en La Opera, la mayor en su género de aquellos tiempos, fue necesario construir en el mismo edificio del teatro una usina eléctrica de respetable capacidad. La maquinaria y demás artefactos, construidos en Europa con destino a la Opera Cómica de Paris, fueron adquiridos para la Opera de Buenos Aires.

Completado la crónica y la relación estadística del alumbrado, agregamos otros datos que, además de ampliar la información, visualizan el panorama general del asunto. Aun así, mucho falta y mucho sobra, faltaran cifras, costos, consumo y beneficio en el orden contable de la empresa, y sobraran en la interpretación, aquello imponderable que la dinamiza por encima de lo económico. Lo que trasciende del candil, de la vela, del quinqué de aceite o petróleo, del gas o del foco eléctrico: la vida. La vida que simboliza Prometeo, sin la cual no hay luz, ni hay visión, el ser humano seria ciego.

Y esto queda anotado como contingencia psiquicosocial en el balance de las consecuencias finales. En su lugar, diremos que aquel año de 1880, “La Primitiva” era la más poderosa organización en el suministro de gas en Buenos Aires.

**EL ADIOS AL GAS Y LA BIENVENIDA A LA ELECTRICIDAD**

Bajo la Intendencia del doctor Francisco Alcobendas, en septiembre de 1896, se libraron al servicio los primeros faroles eléctricos, mediante la corriente suministrada por la pequeña usina establecida por el ingeniero argentino Rufino Varela. Una prueba realizada en 1885 había fracasado, pero la iluminación de parte de Palermo y la Recoleta por Varela, fue eficaz y las autoridades tomaron en serio el asunto. En 1889, durante la intendencia de don Adolfo Bullrich, se implanto en el centro esta clase de alumbrado, siendo la Primitiva de Gas y Electricidad una de las empresas que instalaron usinas en esa etapa inicial de la electricidad argentina.

Una estadística de 1900 consigna que el alumbrado público constaba de 877 lámparas de 1.000 bujías y 760 de otro poder luminoso. En 1902 había 450 cuadras con instalación eléctrica incandescente se inauguro en la calle Santa Fe, desde Callao a Pueyrredon.

El kerosene persistió en el alumbrado a través de los años, por su simplicidad y economía, dado que resultaba oneroso llevar cañerías de gas a los barrios alejados, de exiguo consumo. Comenzó a decaer al producirse la concurrencia de la electricidad, sistema que radica su éxito en lo módico de las instalaciones.

El alcohol carbonado tuvo actuación desde 1902 que inauguro su servicio en 700 faroles de este combustible en barrios apartados de la ciudad. Aumenta en 1915 a 2.451, se reducen a 2.040 en 1930 y son suprimidos por el intendente Guerrico en 1931. Tanto el alumbrado a kerosene, como el de alcohol carbonado estuvieron siempre a cargo de la Municipalidad.

El año 1900 encuentra a la ciudad de Garay convulsionada bajo los resplandores de la flamante iluminación eléctrica. A la distancia queda aquella aventura inicial de don Rufino Varela, cuando en 1887 instala en un solar de la calle San Martin, entre Rivadavia y Piedad, su dinamo de 12 HP para alumbrar un tramo de la calle Florida. Lejano, más en el acontecer que en el tiempo, porque solo habían transcurrido 13 años y entonces Buenos Aires contaba con una usina de 4.800 Kilovatios que la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad fundara en la calle Paraguay.

Otra usina en el Paseo de Julio instala la Compañía General de Electricidad de la Ciudad de Buenos Aires, y en la calle Cuyo funciona la usina de la Compañía Edison de Luz, la usina de River Plate, en la calle San Juan es de este tiempo, como las 6 usinas municipales de nuevos Mataderos, Palermo, Flores, Belgrano y Dársena y Diques.

Muy fácil es comprobar que en los trece años pasados desde que funciono el pequeño dínamo de 12 HP, extraordinarias transformaciones ha traído el tiempo. Al modesto trepidar con que en 1887 inicia su existencia la industria de la electricidad, se convierte ahora en el rugir de poderosas maquinas que llenan de luces la ciudad y de impulsos incontenibles.

Incompleta seria la crónica de los sucesos, si dejáramos de lado el origen de las empresas que a fin del siglo pasado instalaron en la ciudad las primeras usinas para la provisión de corriente eléctrica. Con este propósito y en merito a sus esfuerzos, capacidad técnica y recursos financieros, será menester recordar la entonces Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad, la CATE, cuya actuación entre nosotros fue destacada.

Un consorcio de Bancos alemanes constituyo en Berlín un centro financiero con la finalidad de adoptar un nuevo sistema de alumbrado eléctrico. En aquella época la Compañía Edison era la única que poseía los derechos de patente y, previos acuerdos, se estableció una Sociedad de Estudios, con la misión de experimentar prácticamente, por medio de pequeñas instalaciones de ensayo. De esta manera perseguían la idea de perfeccionar el nuevo sistema, eliminando dificultades de carácter técnico y resolver cuestiones de índole económica.

Los trabajos de la Sociedad de Estudios permitieron despertar el interés público y en los círculos financieros, haciendo viable la formación de empresas industriales de electricidad en Alemania. La misma Sociedad de Estudios se transformo en 1883 en una Compañía Anónima con un capital de 5.000.000 de marcos, que hábilmente dirigía un eminente hombre de negocios, el ingeniero Emilio Rathenau. Bajo su signo se abrieron en Berlín inmensos establecimientos dedicados a la fabricación de materiales para la producción y utilización de la energía eléctrica para el alumbrado, como fuerza motriz y de tracción. Con esa base se propende a la formación de grandes empresas de electricidad en ambos hemisferios.

Su actuación en la República Argentina data del año 1895, estableciéndose en la Capital Federal una empresa suficientemente fuerte, que participa en competencia con varias otras poderosas compañías. Tras una larga gestión y con el concurso de importantes casas bancarias alemanas, se forma la sociedad anónima con un capital de 10.000.000 de marcos en acciones, a objeto de construir y explotar instalaciones eléctricas en la América del Sur. Es cuando aparece entre nosotros, por concesión de 1899, y personería jurídica, la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad, con usinas centrales de cierta importancia y extensas redes de cables, se disputaban el alumbrado público y privado de la Ciudad. La más importante era la titulada Compañía General de Electricidad, de capitales franceses, que había adquirido las concesiones del ingeniero Varela, e inaugura su usina en el Paseo de julio esquina Montevideo.

Comienza la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad su servicio con pocos Kilowatts de carga y el funcionamiento de su usina en la calle Paraguay. Tiempos duros fueron aquellos y la Compañía Alemana Transatlántica, por demoras en su instalación debió perder muchos suscriptores, que pasaron a las empresas rivales. Recién en abril de 1900 quedo terminada la primera parte de la Usina Paraguay, con una potenciabilidad de 7.000 caballos. Poco después, en mayo de 1901, por una transacción con la Compañía General, se hizo cargo de la usina de Paseo de Julio y demás instalaciones que la Compañía General poseía en Buenos aires, inclusive su numerosa clientela.

Originalmente el alumbrado eléctrico en Buenos Aires lo inician, ese año de 1897, las siguientes compañías:

La Compañía General de Electricidad de la Ciudad de Buenos Aires, concesión Rufino Varela.

La Compañía Luz Eléctrica y Tracción del Rio de la Plata, concesión Cassels, de 1897.

La Compañía Aligemeine Electriciatats, concesión Hugo Baechert, de junio de 1897.

La Compañía General de Electricidad de Berlín, de 1897. En 1899 esta empresa absorbió a las otras dos con el nombre de Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad (CATE).

Luego que la CATE monopoliza la producción de energía eléctrica, exceptuando a las usinas municipales que funcionaron algunos años en el parque 3 de Febrero, Villa Urquiza y Mataderos, el precio bajo de 0,25 centavos oro el kilowatts, a 0,20 centavos oro en el alumbrado particular y a 3,5 centavos kilowatts del alumbrado público.

Según datos del ingeniero Jorge Newbery, “la cuestión tarifas presenta a las autoridades edilicias un arduo problema sin solución satisfactoria, habiendo dispuesto: 1ro. una intervención oficial, la que no arrojo resultado, luego se impuso un precio máximo de costo al público, el cual no fue aceptado por las compañías, mas tarde se pensó en que la municipalización del alumbrado, tanto eléctrico como de gas, que, tras largos años de debates, fue también abandonado.”

El alumbrado eléctrico con lámparas de arco se inauguro con 36 lámparas instaladas el 24 de diciembre de 1893, con corriente de la usina de Rufino Varela, el 25 de mayo de 1894 la usina municipal de la calle Alsina entre Balcarce y defensa, coloca 36 lámparas en la Plaza de mayo. El año 1899 había 579 lámparas y el año 1909 eran 1.293 las lámparas de arco voltaico existentes. A más, la usina del Parque 3 de Febrero, municipal, ponía en marcha, en 1899, la iluminación con 60 lámparas, que en 1908 suman 171. La Administración del Puerto, en 1900, contaba con 600 lámparas. El total, ese año, de lámparas de arco voltaico en la ciudad llegaba a 2.064.

La nueva usina de la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad en el Dock Sud fue calculada para producir 10.000 HP y capaz de consumir 200.000 toneladas de carbón por año. Su instalación le permite tomar agua del rio, para lo cual cuenta con un conducto subterráneo de 8 metros de sección, construido en cemento armado. El problema más difícil para la elección de los edificios de la fábrica fue la construcción de los cimientos, por tratarse de un terreno inconsistente sobre el cual debían descansar grandes pesos. Por ello se levanto una plataforma común de cemento armado, con un espesor de metro y medio, soportada por dos mil pilotes.

En el año 1889 la luz eléctrica se hace dueña de los teatros de Buenos Aires. Al ingeniero Rufino Varela se le encargo la instalación de corriente eléctrica en doce salas de espectáculos, de las catorce con que contaba la capital.

Simultáneamente se extiende el alumbrado eléctrico por la ciudad. Es así que ese mismo año contrata la Municipalidad con los señores Blackey, Prat Hermanos y Cía., “por vía de ensayo y por el termino de cinco años, el alumbrado con luz eléctrica del Paseo de julio, hasta el Parque 3 de Febrero y Plaza de Mayo, San Martin y Recoleta”. Otro ramal corre desde “la Plaza de Mayo, por Avenida hasta Callao, y por Rivadavia hasta la Plaza de San José de Flores.” La misma empresa extiende el alumbrado desde Avenida de Mayo, por Callao hasta paseo de Julio y Santa Fe y por esta, desde Callao hasta la Plaza del pueblo de Belgrano.”

En ese tiempo la Compañía Edison de Luz Eléctrica se inicia como administradora de corriente para el alumbrado público y particular, desde su usina de la calle Cuyo, por medio de cables subterráneos. Por su parte el Gobierno de la Nación, encomienda al ingeniero Varela la construcción de una usina en Puerto Madero, con el fin de alumbrar por medio de grandes series de lámparas de arco voltaico los diques y sus dependencias. De esta manera se facilitaría el trabajo nocturno de carga y descarga de las naves atracadas en el puerto.

A su vez la Municipalidad decide instalar un equipo eléctrico en los Corrales de abasto, primera usina municipal, cuya administración encomendó al Juez de Corrales.

Como se ve, ese año de 1889, el alumbrado eléctrico se difunde por la ciudad como un enorme pulpo luminoso que, arrancando de la Plaza de mayo, ilumina el Puerto, va hasta los Corrales de Abasto, resplandece en el Parque 3 de Febrero y alumbra las plazas de San Martin y Recoleta, recorriendo las calles de Paseo de Julio, Avenida de Mayo, Rivadavia, Callao y Santa Fe. Es decir, aquellas noches de ese año de 1889, los focos eléctricos disipan las sombras de buena parte de la ciudad.

Sin embargo, el auge del alumbrado debió sufrir la aguda crisis que atravesó el país el año 90, y los trabajos de expansión se suspendieron hasta 1893, año en que vuelven a concederse permisos para colocar cables para la provisión de alumbrado eléctrico a don Marcelino Díaz y García, a la Compañía Eléctrica del Rio de la Plata y al señor Guillermo L. Morkill, respectivamente. En verdad, si ya el alumbrado eléctrico era una cosa resuelta, recién, como queda dicho oportunamente, fue en 1897 cuando la Municipalidad concede concesiones para la producción de energía eléctrica.

**LA ARGENTINA ELECTRICA**

La crónica va marcando la marcha ascendente de la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad desde 1901 en adelante. Una hábil política, facilitando el pago de las instalaciones en las casas de comercio y los establecimientos industriales, incremento la expansión de sus servicios, a la vez que obligo a la empresa a ensanchar con urgencia sus usinas de la calle Paraguay y la del Paseo de Julio.

En el año 1903, nuevos arreglos permitieron la incorporación a las instalaciones de esta empresa de la usina de corriente alternada ubicada en la calle Azopardo y San Juan, de 1.500 caballos y su correspondiente red de cables, de la usina generadora Boca, con 6.000 caballos, de la Anglo Argentina de Tranvías, con sus tres subusinas de transformación de las calles Salta, Uruguay y Bustamante, la usina de corriente continua de la calle Cuyo, de 4.000 caballos, instalada por la extinguida Compañía Edison, últimamente de la Compañía Primitiva de Gas y Electricidad y, por fin, en 1905 se incorporo la usina Paseo Colon esquina Humberto I, de 2.500 caballos, construida en 1897 por la Compañía de Tracción y Electricidad “La Capital”.

Así, en el breve lapso de siete años de ejercicio, la CATE, ya disponía de seis centros de producción, con una potencialidad total de 35.500 caballos. Pero, esta agregación de otras empresas trajo como consecuencia que las diferentes características de la corriente eléctrica desde el punto de vista técnico, resultaba poco ventajosa para la empresa e incomodo para los consumidores. Tales circunstancias impusieron modificaciones a las instalaciones de la CATE. La tarea, premiosamente ejecutada, se realiza en pocos años, brindando a su clientela la corriente a una tensión uniforme de 225 voltios para el uso del alumbrado. A la parte céntrica de la ciudad se le suministra corriente a 2 x 225 volts, y a los demás barrios la trifásica de 3 x 225 volts. La corriente destinada a la tracción se suministraba a las varias empresas de tranvías bajo la forma de corriente continua de 550 volts.

Entre otros beneficios de indiscutible importancia, producidos por las mencionadas modificaciones de las instalaciones, ejecutadas bajo un plan racional, se obtuvo la ventaja de usar un solo tipo de lámparas incandescentes para todas las redes destinadas al alumbrado.

En forma paralela a la transformación que el alumbrado impone a la ciudad, se produce el cambio, casi total, en los medios de transporte. Fue cuando las empresas de tranvías deciden abandonar la tracción a sangre, electrificando sus líneas. Esto varía en absoluto la configuración de la ciudad, poniendo en rápido y fácil acceso el centro con los suburbios. Pero estas exigencias del progreso, implicaban, asimismo, recurrir a medios extraordinarios. Solamente un sistema uniforme, sostenido sobre la base de fuertes capitales, podía estar en condiciones de cumplir satisfactoriamente los nuevos compromisos contraídos por las empresas eléctricas y llevar a cabo las constantes e importantes ampliaciones de aquellos servicios exigidos por el desarrollo de la ciudad en pleno crecimiento. Condujeron así, como era lógico, todas las circunstancias a la fusión espontanea de las empresas locales de electricidad, lo que tuvo benéficas consecuencias en la unificación de los diferentes sistemas de distribución que hasta entonces se usaban, en detrimento de los intereses del público y el estudio de ensanches en grande escala de todas las instalaciones existentes.

Y toca nuevamente a la CATE como institución de mayores recursos, incorporar en si sucesivamente todas las demás empresas existentes, uniformando de manera paulatina los diversos sistemas de sus instalaciones.

La tarea insumía, no solo poderosos recursos, sino prolijos estudios. La ciudad, con su enorme desarrollo, imponía un planteo elástico y equilibrado en los futuros programas. Sin embargo, todo era alcanzado y superado por el avance urbano, creando nuevas y costosas ampliaciones. Con estas perspectivas debieron encararse los estudios, los trabajos y la ejecución de las grandes obras proyectadas, todo destinado a proveer a Buenos Aires de una fuente de energía capaz de satisfacer sin restricción, por un largo lapso, esas necesidades siempre crecientes de la población.

En 1907, la CATE obtiene la concesión municipal por el término de 50 años. Contaba para ese entonces con las siguientes instalaciones: cinco usinas, Boca, Paraguay, paseo de Julio, Cuyo y La Capital, con un total de 32.580 kilovatios y la usina del dock Sud proyectada para 100.00o kilovatios, en construcción. Diez subusinas de las cuales ocho para corriente continua, una para transformar corriente alternada y una para baterías, cien cámaras, veinte de la red de 6.500 voltios y ochenta en la de 3.200 voltios y una amplia red de distribución para el suministro de corriente continua a la tensión de 2 x 225 voltios y 2 x 112 voltios y corriente trifásica a la tensión de 3 x 225 voltios.



En el año 1912 aparece en escena la Compañía Ítalo Argentina de Electricidad (CIADE), que obtiene una concesión similar a la de la CATE, también por cincuenta años, aunque con la ventaja de un derecho a prorroga dentro de ciertas condiciones, por 25 años más. Promueve sus actividades en 1914, con una potencia instalada de 1.500 kilovatios y 925 clientes. Por su parte, en ese mismo año, la potencia de la CATE era de 124.190 kilovatios, estando en actividad ya la poderosa usina de Dock Sud, que entra en ejercicio en 1910.

Para obtener una visión panorámica del alumbrado de la Capital en 1910, año del Centenario de la Revolución de Mayo, conviene referirnos a la transformación del Buenos Aires de entonces. Por lo pronto, los particulares habían adoptado en sus casas de habitación las lamparitas incandescentes, en lugar de los molestos y pocos seguros picos de gas. El nuevo sistema de alumbrado se extiende por las oficinas públicas, las escuelas y hasta las iglesias daban libre acceso en los altares a la electricidad.

Agregados a estos compromisos con la Municipalidad, la CATE contrae otros con las empresas de Tranvías y algunas de electricidad establecidas en el territorio de la Provincia de Buenos Aires. De tal suerte, la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad, iba desarrollando sus actividades fuera de los límites de la Capital. Esta circunstancia mostró cómo las tensiones de 3.300 y 6.500 volts, respectivamente, empleadas hasta entonces, resultaban insuficientes para franquear tan largas distancias sin comprometer la economía de las instalaciones existentes. E hizo necesario adoptar una tensión suficientemente elevada para la distribución en las lejanas zonas comprometidas.

Previos adecuados estudios, se decidió por la corriente trifásica con una tensión primaria de 12 a 13.000 volts. De esa manera, en el año 1907 quedó formulado el nuevo y vasto programa

de grandes amplitudes, corroborando una vez más el incremento constante del consumo y, por ende, de las plantas productoras.

Habían pasado, sin duda, aquellos tiempos iníciales en que la luz eléctrica fuera considerada un lujo, para convertirse en necesidad y exigencia pública. Día a día, asimismo, aumentaba la

responsabilidad de las empresas dedicadas a estos servicios. La electricidad había penetrado en la vida urbana y del alumbrado, condición primordial de su existencia, a la vida de los hogares y, como fuerza motriz, a mil otros llamados del quehacer cotidiano.

Fue su multitud de aplicaciones domésticas y de la industria, pequeña o grande, la energía eléctrica era, de más en más, un factor indispensable. Y a medida de esa necesidad, acrecía asimismo, repetimos, las obligaciones morales y materiales de las empresas productoras de corriente. De ambas dependía, pues, la actividad de la ciudad.

A estas circunstancias que vinculaban las empresas con las exigencias de sus usuarios, se suma, desde luego, el desarrollo de la población, ahora acrecentada con la de las localidades cercanas. Ello compromete a la CATE, ese año de 1907, a notables y continuados ensanches de sus instalaciones.

Hemos mencionado cómo, a la par del alumbrado público y particular, las líneas de tranvías electrificados, eran, día a día, más extensas, lo que suponía mayor consumo de corriente. Todo

concurría a apresurar dichas ampliaciones productoras. Pero, para semejantes ensanches, los terrenos que poseía la CATE no permitían agregar nuevas máquinas. Tal circunstancia hizo contemplar la necesidad de un nuevo centro de producción de gran capacidad en un paraje estratégico. Los estudios efectuados aconsejaban que esta fuente de energía debería disponer de una fuerza total de 140.000 HP. Para tamaña potencialidad el consumo de combustible calculado, resultaba de aproximadamente 200.000.000 de kilogramos anuales de carbón, equivalente a 50 cargamentos de buques. Por su parte, la maquinaria completa de esta usina monstruo, necesitaba no menos de 30.000.000 de litros de agua por hora para la alimentación de las calderas. Tan enormes demandas imponían condiciones técnicas y económicas que hubo que tener en cuenta para el transporte de las inmensas cantidades de carbón desde el buque directamente a los depósitos y a los fogones de las calderas, donde al mismo tiempo se pudiera disponer de agua refrigerante en las debidas proporciones. No era fácil, pues, encontrar el terreno adecuado y hubo que ir, lógicamente, a las afueras de la ciudad. La solución fue adquirir, en 1907, en el Partido de Avellaneda, a inmediaciones del Dock Sud, una superficie de aproximadamente 70.000 metros cuadrados. La obra se terminó en tres años de febril trabajo. Cuatro unidades turbo-generadoras, con un total de 54.000 HP, abastecían de corriente trifásica de 13.000 volts un crecido número de subusinas de transformación, distribuidas en el vasto territorio ocupado por la Capital Federal y los partidos circunvecinos.

En 1910 se inaugura la enorme usina de Dock Sud, como si con esta magnífica obra de la capacidad humana se cumpliera alguna parte de los sueños de los próceres de Mayo, exaltando la grandeza de la Patria que ellos fundaran hacía cien años. Esta colosal fábrica de electricidad contaba con diez turbo-generadores de 13.000 HP cada uno, que daría la corriente trifásica de 25 y 50 períodos, y tres turbo-generadores de corriente continua de 1.500 HP cada uno, destinados estos últimos a los servicios auxiliares de la usina misma. Dicha maquinaria, que representa una fuerza -aproximada de 139.500 HP, se alimenta por 60 calderas con 28.800 metros cuadrados de superficie de caldeo.

Si la enumeración de las cifras expresan el esfuerzo material realizado, de igual manera significan las progresivas obligaciones morales o conquistas técnicas, que van sumándose a las

anteriores en un ritmo de vértigo. Un elevarse de lo físico y lo espiritual, mancomunado. Acaso, calcular todo esto, implica, igualmente, asistir a un proceso donde los mismos adelantos creados generan nuevas pretensiones en un círculo de extraordinarios alcances. Una especie de espejismo que dilata la realidad al infinito.



Este aspecto, que emerge de la crónica expuesta, nos brinda la oportunidad de sentirnos orgullosos de la capacidad humana, en permanente brega con posibilidades siempre en devenir. O la ocasión de comprobar cómo el ensueño, a veces, penetra en el campo de la materia, haciéndola maravillosa.

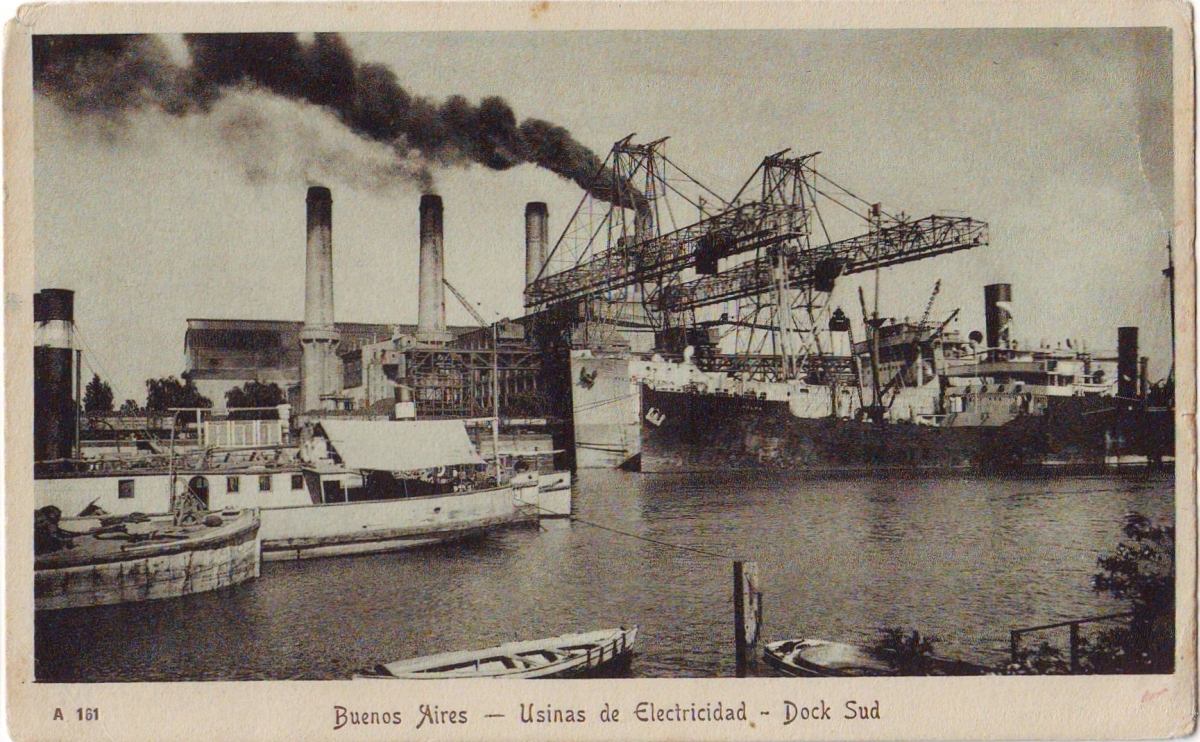
Dicha visión de grandeza en un empeño de constante superación, lo advertimos ahora, cuando la Compañía Argentina de Electricidad S. A. (CADE, prácticamente luego sucesora

de la CATE), inicia sus operaciones en setiembre de 1909, adquiriendo la usina que tenían instalada en San Fernando los señores Rufino Varela, con Carlos y Ángel Cúneo. La nueva sociedad suministraba corriente eléctrica al mencionado Partido y a los de Vicente López, San Isidro y Las Conchas. Posteriormente, y en forma paulatina, fue extendiendo sus servicios a otros partidos, y así, en 1929, suministra corriente eléctrica, además de los nombrados, a los de Morón, General Sarmiento, Moreno, Merlo, La Plata, Magdalena, Pilar, General Rodríguez, Marcos Paz, General Las Heras, Cañuelas, Esteban Echeverría, San Vicente y Brandsen.

Fue en 1936 cuando la CADE se hizo cargo de los servicios que prestaba en la Ciudad de Buenos Aires y Avellaneda la Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE), sucesora a su vez de la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad (CATE).

La guerra de 1914-1918 incidió en la marcha económica de la CATE, cuya capacidad a principio de la conflagración europea, de 67.000 kilovatios, fue superada por la demanda, colmando la capacidad de las usinas que la situación internacional no permitía ampliar. Terminadas las hostilidades, la CATE no se encontraba en condiciones de obtener los capitales requeridos por las nuevas instalaciones y, con aprobación de la Municipalidad de Buenos Aires transfirió, en 1821, sus bienes y concesiones a la Compañía Hispanoamericana de Electricidad (CHADE). Desde entonces entra en una época de rápida expansión, acuciada por la creciente demanda de corriente. Así, la usina Dock Sud, estancada; desde 1913 a 1921, en 67.000 kilovatios, alcanzó en 1923 a 92.000 kilovatios, y en 1927 dobla la cifra. Pero el continuo crecimiento de la ciudad y la expansión de la industria, seguían en un ritmo superior a toda medida, acercándose a los, límites máximos de la usina Dock Sud, que no podía dar más cabida por sus dimensiones a las nuevas y poderosas máquinas, que eran necesarias. Los estudios realizados entre los años 1923; al 24, condujeron a la construcción de la superusina de Puerto

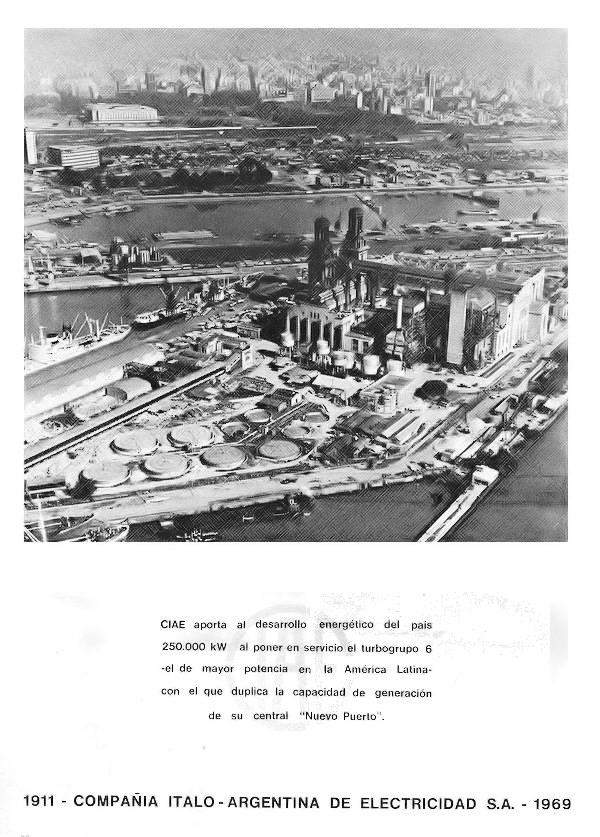
Nuevo, inaugurada en 1929. Las vicisitudes aludidas, generadas en tantas circunstancias, como las del aumento del consumo, de incapacidad productiva de las empresas y de las provocadas por la guerra respecto a la CATE, si fueron inconvenientes al desarrollo normal de la cuestión, no podían incidir en el positivo problema de la electricidad. Es decir, en un proceso que suponía la presencia de imperativos ineludibles.



El alumbrado eléctrico de la Ciudad de Buenos Aires asume entonces características extraordinarias. Comienza deslumbrando con la potencia de sus focos y termina democratizando su servicio, ya que los cables trasmiten la misma corriente para todos, en efecto, tanto en el largo trayecto de la Plaza de Mayo a la lejana Plaza de Flores, o por la calle Santa Fe, desde Callao a la distante Plaza de Belgrano, idéntica iluminación reciben las veredas y las casas, sean éstas espléndidas mansiones de familias de fortuna, o sencillas moradas de gente modesta.

Otro detalle merece destacarse. Los anteriores sistemas, hasta el gas, estaban destinados exclusivamente al servicio urbano, y tanto el candil como el farol de aceite, kerosene o alcohol, alumbraban la calle sin penetrar en la casa del vecino. Recién con el gas el alumbrado penetra al hogar y se hace particular. Pero si el gas lleva la luz al servicio doméstico, la electricidad acaba por romper las tinieblas de todos los rincones y se apropia de las moradas de pobres y de ricos. Por lo pronto, elimina el fuego, proclive a fáciles incendios. Luego, poco a poco, las bombitas eléctricas, como luciérnagas, se desparraman por los terrenos semipoblados de los arrabales, iluminando las casitas de los obreros entre los paraísos que circundan las veredas de ladrillo. Y, tras esas lucecitas, fue dilatándose la ciudad como empujada y guiada por ellas. Lucecitas precursoras de potentes focos, como fueran del pavimento y de la edificación, en íntima cooperación al incremento y belleza de la ciudad. Semejara que con la luz se fueran arando tierras vírgenes, para sembrar en ellas la vida jubilosa de futuras poblaciones.

Ya sabemos cómo en 1912 presentase en el escenario porteño la Compañía Ítalo-Argentina de Electricidad (CIADE), a competir con la Compañía Alemana, que había absorbido a sus rivales anteriores. La CIADE obtiene, asimismo, una concesión por 50 años, similar a la CATE, e inicia sus actividades en 1914, con una potencia instalada de 1.500 kilovatios.



La guerra europea de 1914-1918 impidió a ambas empresas, particularmente a la CATE, cumplir su plan de ampliaciones en la extensión prevista, lo que en parte pudo realizar, en 1922, la Compañía Hispano-Americana de Electricidad, a la que la CATE había traspasado en 1921 su concesión de 1907. Inmediatamente eleva la potencia instalada de 124.190 kilovatios de 1914, a 156.000 kilovatios, y en 1927 a 241.000, con una producción de 588 millones de kilovatios/hora. Para este año la potencia instalada de la CIADE fue de 98.000 kilovatios y su producción de 115 millones de kilovatios/hora.

El acelerado crecimiento demográfico, industrial y comercial de la Capital, el aumento de la demanda constante de energía eléctrica y la obligación contraída por su concesión de anticiparse a las necesidades del consumo, a más de la experiencia recogida durante la guerra, llevaron a la CHADE, según queda ya apuntado, a construir en Puerto Nuevo la superusina inaugurada en 1928 y proyectada para una potencia total de 900.000 HP, con 12 turbinas y 42 calderas, de cuya magnitud permitirá darse una idea aproximada los siguientes datos comparativos: los terrenos ocupados por la monumental superusina son de 140.400 , o sea cinco veces la Plaza de Mayo; los terrenos ganados al Río de la Plata, contiguos a la superusina, para ser entregados gratuitamente al Gobierno de la Nación, representan una extensión igual a la Plaza del Congreso (43.000 ); el largo de los muros del dique es casi el de la Avenida de Mayo, la superficie de las defensas, once veces la Plaza de Mayo, la sala de calderas, máquinas y tableros, ocupan una extensión tres veces y media el edificio del Congreso, consumiendo cada caldera 12.000 kilos de carbón por hora.

Siguiendo el ejemplo de CHADE, la CIADE inauguró en 1932 una superusina, construida también en Puerto Nuevo, con una capacidad de 350.000 kilovatios. Sin embargo, las enormes instalaciones de la CHADE y de la CIADE, con sus poderosas superusina de Puerto Nuevo, no lograron superar las exigencias de un acelerado crecimiento del servido y pusieron de relieve la insuficiencia de las primeras usinas, obligando a las empresas a efectuar ampliaciones adecuadas a la ascendente demanda de energía. Asimismo, el transcurrir del tiempo, sobrepujando todo cálculo, mostró la ineficacia de las concesiones otorgadas en 1907 a la CATE, y en 1912 a la CIADE, provocando la necesidad de substituirlas por otras más en consonancia con el desarrollo del servicio encomendado a dichas empresas.

Estas circunstancias promovieron el nuevo convenio que las autoridades municipales celebran en 1936 con ambas compañías, modificando las concesiones según las ordenanzas 8028 y 8029. De ellas resultan las siguientes ventajas para los usuarios del servicio: fijación de un límite máximo para cada una de las ocho tarifas generales autorizadas,- homologación de las tarifas especiales para el consumo de hasta 50.000 kilovatios/hora anuales, tarifas que no han de ser superiores a las generales y a las que puede acogerse cualquier usuario del servicio, siempre que se encuentre en las condiciones previstas en las mismas; rebaja de las tarifas vigentes en 1936, que para los consumidores de la CHADE han significado, entre los años 1936 a 1938, un 15,54 % para los consumos de casas-habitación, un 20,51 % en los consumos para fuerza motriz, un 8,18% para los negocios en general, un 22,68 % para la calefacción y ventilación particular, y un 1 7,5 % en el alumbrado público.

En 1936, la CHADE transfirió a la Compañía Argentina de Electricidad (CADE), sociedad argentina que actuaba en el país desde 1909, su concesión, dando cumplimiento a la Ordenanza Municipal N° 7749, por la cual se le intimó a transformarse en sociedad argentina o transferir su concesión y bienes afectados al servicio de una sociedad que lo fuera. La CHADE, siguiendo la tradición política de su antecesora y consciente de la responsabilidad que implica tener a su cargo la prestación de tan importante servicio público, no ha escatimado esfuerzo para asegurar la eficiencia y continuidad del mismo, realizando a tal fin ampliaciones por un total de 100.000 kilovatios y ensanchando sus parques de almacenamiento de combustibles en la extensión necesaria para dar cabida a crecidos stocks que le permitan afrontar la escasez de épocas anormales.

Al lector de estas noticias pasan por alto, sin duda alguna, ciertos antecedentes que, sin embargo, pertenecen al conocimiento de la cuestión que venimos tratando. Así, la curva anual de consumo de energía eléctrica en la ciudad, por razones obvias, presenta un aumento natural en los meses de invierno. Análogamente, en las curvas mensuales trazadas en base a los consumos diarios, observamos las oscilaciones semanales con la alternancia de días laborales y festivos. Asimismo, en las curvas diarias, teniendo en cuenta el consumo horario, podemos advertir el detalle de nuestra vida cotidiana y de las necesidades domésticas, comerciales e industriales, influyendo en la forma de dichas curvas.

Mientras la ciudad duerme, las centrales disminuyen su actividad. Sólo el alumbrado de las calles, contadas fábricas y el transporte electrificado requieren corriente. Pero, en cuanto la ciudad despierta, entran en servicio nuevas máquinas generadoras que proporcionan energía a las industrias, al tránsito de tranvías a nivel y subterráneos electrificados, a los comercios y a las múltiples aplicaciones domésticas. A la caída de la tarde, cuando se iluminan las calles, las vidrieras, los hogares y las oficinas, el consumo de corriente se multiplica bruscamente y exige la puesta en marcha de nuevas máquinas cuya función concluye pocas horas después, ya que a la entrada de la noche el consumo disminuye todavía con celeridad mayor.

La central ha estado en pleno rendimiento durante esas breves horas, las denominadas "horas de punta". Para satisfacer las exigencias de dichas horas se necesitan poderosas maquinarias, las cuales permanecen inactivas e improductivas gran parte del día, pues el fluido eléctrico, a diferencia de los demás productos, no puede almacenarse ni fabricarse por adelantado. La energía debe ser generada por la central en el mismo instante en que es requerida por cualquier consumidor a quien se le surte en forma cómoda y segura cuando y mientras desee utilizarla. La máxima demanda suele tener lugar alrededor de las 18 horas, debido a la superposición del alumbrado y la fuerza motriz. La empresa debe encarar esta demanda creciente de año en año, instalando nuevas máquinas y equipos que suponen, a su vez, la inversión de cuantiosos capitales, aparte del pequeño ejército de empleados especializados para la construcción y atención de centrales, redes de alta tensión, líneas de distribución, etc., que deben funcionar perfectamente para servir a los consumidores en el mismo momento, utilicen poca o mucha corriente, una o varias horas del día o de la noche.

Hasta aquí se han seguido, más o menos, las curvas que marcan el desarrollo del alumbrado eléctrico en la Ciudad de Buenos Aires y poblaciones cercanas. Con ello puede comprobarse la progresiva potencialidad que van adquiriendo las usinas, en la producción ascendente de la demanda de energía. Es decir, reiterar la cuestión candente que aparece en el mismo momento en que la energía eléctrica se adueña del quehacer ciudadano en todos sus aspectos urbanos o privados, domésticos o industriales, como alumbrado o como fuerza motriz. Tan múltiples instancias llegan a dominar la vida íntegra de la ciudad, con creaciones diversas e imprescindibles en el orden familiar, social o comercial de la comunidad.

En esto llegamos al año 1947, desde donde proseguiremos casi sin interrupción hasta la actualidad. Entramos, pues, en el año 1947, cuando la economía argentina se hallaba en medio de un período de una ficticia prosperidad. Índice de esta situación lo daban las cifras del comercio de exportación: la agricultura aportaba a ellas por valor de 2.015 millones de pesos, les productos ganaderos participaban por valor de 1.880 millones y el resto, industria, minería, forestales, con 1.435 millones. Podía entreverse el decaimiento en el paralelo decrecimiento del margen favorable del intercambio, que ese año alcanza a los 865 millones.

Por su parte el consumo de energía eléctrica, patrón infalible por el que puede ser medido el potencial de una estructura moderna, mantenía el firme ritmo de expansión establecido desde años atrás. Así, la Compañía Argentina de Electricidad llegaba a producir durante el ejercicio a que nos referimos casi 2.100 millones de kWh, con un aumento del 10 % sobre el tope del año anterior, la carga máxima pasaba de 432.700 kWh contra 413.900, respectivamente, la potencia en máquinas era de 635.417 kWh, la longi.tud de cables de 21.300 km y el número de medidores era de 840.000, siendo el producto de explotación de la empresa de 131 millones de pesos.

Todo ello marcaba la ilusión de una etapa de florecimiento en la evolución de la comunidad y de los entes a su servicio. Las dificultades, que eran propias de la época de postguerra que recorría el mundo, hallarían, nadie lo dudaba, solución en el paulatino regreso a las normas económicas de tiempos de paz. Esas dificultades se reflejaban en múltiples aspectos, se pueden recordar los inconvenientes que tenía el aprovisionamiento de combustibles, en la calidad irregular del carbón mineral y en el progresivo reemplazo en las usinas de éste por el Fuel Oil, tendencia que luego sería constante hasta hoy.

Otro síntoma de la situación era discernible en las demoras de las fábricas para atender los pedidos de materiales; la expansión originada en la guerra, se acrecentaba en la paz y se veía constreñida por los terribles destrozos sufridos por los centros fabriles europeos. Los pedidos entonces se acumulaban y era imposible darles salida. Las compañías eléctricas se encontraban, pues, impotentes para renovar equipos de acuerdo a las necesidades técnicas, también fue eso causa de que se volvieran más y más frecuentemente hacia la incipiente industria nacional. Vemos figurar en las compras locales de ese año de la Compañía antes mencionada, 440 km de cables, 73 transformadores de distribución, 13.771 medidores.

Quedan mencionadas las localidades de la Provincia de Buenos Aires que en 1923 servía la Compañía Argentina de Electricidad, instalada con su usina en San Fernando. Luego, al incorporar a su si.gla los servicios y concesiones de la CHADE en 1936, su desarrollo adquiere enormes proporciones, extendiendo sus servicios a la Capital Federal y a los partidos de la Provincia de Buenos Aires, que en 1947 eran los siguientes: Avellaneda, Brandsen, Cañuelas, Esteban Echeverría, General Las Heras, General Rodríguez, General Sarmiento, Lanús, La Plata, Las Conchas, Magdalena, Marcos Paz, Merlo, Morón, Pilar, San Fernando, San Isidro, San Vicente y Vicente López. Además suministra corriente en masa a la Compañía de Electricidad de la Provincia de Buenos Aires Ltda., que la distribuye en los Partidos de Almirante Brown, Florencio Varela, General San Martín, Lomas de Zamora, Matanza y Quilmes. En total se trata de una zona de 13.447 kilómetros cuadrados que incluye el conglomerado urbano del Gran Buenos Aires, La Plata y otras poblaciones más alejadas.

En dicho año de 1947, un sistema de centrales interconectadas produce casi la totalidad de la corriente. Son las de Puerto Nuevo, de 262.500 kilowatts y La Paternal de 14.000 kWh, en la

Capital Federal, las de Dock Sud, que en 1947 alcanzaba a 310.500 kWh, y Ribera Este de 30.000 kWh en Avellaneda; la de Berisso, de 16.000 kWh, en La Plata. A estas centrales, que totalizan una capacidad instalada de 633.500 kWh, se añaden las pequeñas usinas de General Las Heras, Cañuelas, Coronel Brandsen, Magdalena, Verónica y Bavio, que, con una potencia total de 1.500 kWh abastecen las poblaciones homónimas y las de Pilar, General Rodríguez y San Vicente.

Este conjunto de usinas produjo en el año 1946, 1.897.055.203 kWh, cifra que, sumada al suministro que en la misma zona realizan otras compañías, equivale a 570 kilowatt/hora por habitante. La producción del resto del país asciende a sólo 90 kilowatts/hora para toda la República Argentina, que se coloca así, este año de 1947, a la cabeza de las naciones latinoamericanas.

Como puede verse, el proceso de la electricidad en la Argentina resulta verdaderamente asombroso ante el increíble desarrollo de estos primeros cincuenta años, marcando, al unísono, el enorme crecimiento y potencialidad económica de la República. Ya se ha dicho con acierto que el consumo de energía eléctrica es un índice primordial indicativo del nivel de vida

de un pueblo. En efecto, hasta 1947, este iluminarse de ciudades y pueblos, de calles, caminos y campos, nos mostraba la grandeza inocultable de la Nación. Sin duda alguna, la energía eléctrica va estrechamente vinculada a la energía desbordante de un pueblo que luchaba por su maravilloso destino.

Al constante e indetenible progreso se lo sentía palpitar a través de sus luminarias, como si los focos eléctricos fueran iluminando el paso triunfal de una comunidad en marcha hacia !a realización de sus más entrañables anhelos. A esos alcances, aun es dable esperar del trabajo tesonero de nuestro pueblo y la fertilidad generosa de nuestras tierras.

Llegados a este punto donde las mismas palabras pierden sentido para transformarse en canto de superación, sentimos la pobreza de todos los programas, la misma insignificancia de ciertos gobernantes, ante este desborde superando cálculos de economistas y demagogias políticas. Porque la prosperidad argentina está por encima del orden económico de los ideólogos y de la propia fantasía. Los prueban cómo los errores y las mismas exacciones deshonestas de políticos aprovechados, no han podido desviar ni menguar la riqueza que la tierra desparrama en alarde de abundancia generosa. Acaso ello sea la razón porque al argentino no lo conmueva la fortuna con el ahincó que hace la prosperidad del extranjero.

Ya sabemos cómo en el año 1947, la producción total de electricidad en el país, asignaba una cuota per cápita de 240 kWh, y particularmente al habitante de Buenos Aires y La Plata, de 570 kWh, lo que, repetimos, colocaba a la Argentina al frente de los países de Latinoamérica. De tal suerte, cada uno de nuestros obreros disponía de más caballos de fuerza, cada comercio de más luz, y cada hogar de mayores comodidades electrificadas que en cualquiera de los restantes Estados hermanos situados entre el Golfo de México y el Estrecho de Magallanes.

Incompleta sería la información que ofrecemos, si omitiéramos referirnos a la electricidad como factor preponderante en la industrialización del país, en aquella etapa que culmina el año de 1947. El período transcurrido desde 1939, ha sido de extraordinario desarrollo para la industria argentina, que aflora con vigor creciente en los años iníciales de este siglo. Fue la consecuencia de múltiples causas engendradas en la prosperidad económica de la Nación brotando de los campos. En esa prosperidad se funda la etapa industrial como paso obligado a su madurez en el proceso de desarrollo. Y en este lapso es donde se advierte la importantísima colaboración de la energía eléctrica, colocándose, no sólo como una contribución trascendente, sino igualmente en consecuencia. Es decir, compartiendo el progreso económico como causa en el momento primero y resultado del esfuerzo, hasta compenetrarse en la propia prosperidad de nuestro pueblo.

Aquí conviene reiterar lo apuntado antes: con la electricidad se manifiesta clara la participación del pueblo y la naciente industria privada, como auténticas fuerzas de su desarrollo. El público respondía a una necesidad que incumbía tanto a sus menesteres domésticos como a su desenvolvimiento económico.

Comienza por proporcionar comodidad y termina por ser una exigencia. Por lo demás, el pueblo actuaba como parte y no en pupilo del Estado en su carácter de gobierno. Más todavía, el pueblo procedía en función de autoridad, adoptando una ventaja; en condición de patrón. Y nadie como el patrón entiende y defiende mejor su caudal. La contrapartida la representan las

empresas, que, también en patrón, cuidaban sus bienes sirviendo mejor al consumidor. La ley de la necesidad y la competencia libre, equilibra justa y normalmente este trueque de ventajas. Más adelante, veremos decaer la línea ascendente de la producción y la merma del progreso general de la República. Lo evidencian las cifras que oportunamente expondremos.

La fuerza motriz servida por la electricidad desde 1939, repetimos, permitió ampliar la actividad Industrial y establecer nuevas fábricas y talleres, creando más trabajo y más productos nacionales a la población, elaborando las materias primas de nuestro suelo. Corrobora lo expuesto la notable coincidencia habida en el período 1939-1945, entre la producción industrial y la energía eléctrica.

Insoslayable antecedente nos ofrece la transformación institucional producida a partir de 1943. Al principio, por ley de inercia, el país prosiguió la curva ascendente de los años anteriores, hasta poco después de 1947, en que se advierte el desgaste de las fuentes de producción y la paralización en el orden económico, cuyas consecuencias se revelan en el decaimiento del progreso general, y por ende, en la energía eléctrica.

Tampoco pueden no ser consideradas las graves inferencias que traen aquellos años inmediatamente posteriores a la guerra, en el estancamiento general de las actividades básicas de la riqueza nacional. Hoy nos es dable comprender eso de manera más completa que entonces, teniendo ante los ojos la visión de un progreso superficial provocado per el crecimiento demográfico de los centros urbanos, divorciado de un avance armónico con la producción. A las consecuencias de la guerra se agregan, en este caso, las imprevisiones del gobierno. Este estado de ficción afectó sensiblemente el rubro electricidad, como realidad inexorable. En dicho lapso, las memorias de las compañías cobran de a poco el tono de letanías: se solicitan permisos de cambio para introducir equipos y repuestos, que la disminución de las exportaciones obliga a restringir.

Luego el desenvolvimiento fabril traía apremios que superaban en mucho el ritmo de incremento del 10% anual a que podían atender las empresas. Y no eran sólo las nuevas obras,

sino hasta la simple reparación de los desperfectos los que comenzaban a retrasarse en meses.

Las dificultades que acarreaba la guerra en la provisión de materiales, lejos de hallar solución al término de ésta, se vieron, contra todos los cálculos, agravadas y extendidas a todos los ramos de la producción. Las mismas manufacturas nacionales, que satisficieron al principio ciertas necesidades secundarias, se hallaron pronto que sólo disponían intermitentemente de materias primas.

Ya a mitad de 1948, los pedidos al exterior de la CADE estaban prácticamente suspendidos y como ejemplo de la mora general, podría citarse el caso de generadores de Dock Sud que no habían podido ser reparados tras un accidente en todo un año, y el que la administración tuviera que admitir que hubiese conexiones sin medidor, por imposibilidad de obtenerlos en cantidad suficiente.

Período de abandono, cuando no de retroceso, acaso la única salvedad auspiciosa que hizo ese año de 1948 con respecto a la producción energética, fue una mayor existencia mundial de combustible.

El déficit constante en que se mantenía el abastecimiento de electricidad en la ciudad de Buenos Aires y sus aledaños se impuso como un real y acuciante problema a la inercia oficial hacia 1950. Ese año se calculaba que la potencia máxima de las máquinas de la CADE dejaba de cubrir un exceso de demanda de sus usuarios de 50.000 kWh; al año siguiente esa diferencia en contra se hacía ascender a 65.000 kWh. Aparecieron entonces los cortes de corriente para patentizar el límite al que podían aspirar la expansión industrial y el consumo particular del fluido. Interrupciones inevitables, pues, en la producción energética, los aparatos de generación no pueden trabajar más allá de cierta tensión y cierta frecuencia, sin riesgo de originar accidentes.

Las utilidades de las compañías desaparecían o eran de proporciones mínimas, del orden del 1% anual, lo que impedía formar fondos de reinversión y, mucho menos, esperar que el Interés del capital se sintiera atraído por operar en las necesarias obras de ampliación.

Las empresas concesionarias cuyo desarrollo estaba en 1950 y 1951, como se ha dicho, casi, paralizado, intentaron morigerar las consecuencias del exceso de demanda mediante Interconexión de sus líneas. Pero esto no podía significar sino una muy relativa compensación, limitada por la capacidad de las instalaciones. A cargo del Estado, cuya Dirección de Energía consideraba a la sazón que el déficit potencial en la zona del Gran Buenos Aires se elevaba a 600.000 kWh, estuvo la enunciación de los principales proyectos de entonces, que desgraciadamente, casi nunca salieron de eso. Una idea acariciada con insistencia fue la de aprovechar los recursos de energía hídrica de la región cordillerana y, por medio de redes de alta tensión, destinarlos a utilización en el litoral. Estos proyectos en sí plausibles, se acostumbra a llevar a cabo en nuestro país con gran lentitud o invariablemente en el momento de habilitarlos las necesidades locales han aumentado hasta que absorben toda la producción e incluso vuelven pequeñas las obras previstas. Hubo contemporáneamente otro plan de gran importancia, este si concretado no ha mucho: fue la superusina de San Nicolás, elemento principalísimo en el actual suministro eléctrico de la Metrópoli.

El año 1952, es el punto más bajo en la curva descendiente que traza el proceso de las aplicaciones eléctricas en la economía de Buenos Aires. A tal extremo que el volumen mismo de la producción, disminuye ese año, caso extraordinario, sin otro precedente que el de 1945, en que similar retracción hallaba su justificativo en la carencia circunstancial de combustible. Pero en 1952, en medio de una época de paz y de universal bonanza, en la ciudad de Buenos Aires se consume un 3% menos de electricidad que el año anterior.

Esta variación adversa debe computarse, sobre todo, al decaimiento del uso industrial del fluido, espejo de un franco proceso recesivo en el desenvolvimiento fabril. Entretanto continuaba en alza el porcentaje reclamado por las necesidades hogareñas y la tracción, merced estas a las líneas de trolebuses que entonces se inauguraban.

Pueden servir de imagen ilustrativa de ese deterioro del servicio y muestra clara de su origen, estas cifras referidas solamente a la CADE: en 1946 las utilidades correspondían al 17% de los ingresos; en1952 al 1,7%; la renovación y amortización descendía del 14% al 5,4%. Proporciones que, naturalmente, tenía por resultado provocar una actitud renuente por parte de la citada Empresa, lo que, a su vez, era en buena medida causa de la persistencia de un estado letárgico que afectaba a todo el sistema. Tal, al fin, el efecto de una política de arbitrios y expedientes irracionales, de voracidad fiscal, cebada en los pingües y engañosos beneficios que le reportaban los permisos y retenciones de cambio y las trabas al flujo normal de la economía.

Convergían en ese momento múltiples circunstancias, creando penuria y malestar; eran ya los impedimentos burocráticos y la inestabilidad de las pautas gubernamentales, ya que las deudas ingentes y nunca satisfechas de la Corporación de Transportes, o de los avatares de la situación internacional, que convertían en críticos cantidad de materiales; tuvieron entonces aumentos pronunciados los precios del cobre, del zinc, del níquel, de muchas clases de aceros especiales y dilataciones considerables en sus planes de entrega. Entretanto quedaban postergados los programas de ampliaciones y mejoras, demoradas aun las mismas reparaciones, trazando un cuadro deplorable en el cual lo único que no tenia pausa, era el envejecimiento natural de las usinas y de los medios de distribución.

Ese era el régimen imperante en aquel principio de la década del cincuenta en la Argentina, sin ningún signo que permitiera abrigar ilusiones. Lo visible en todo se mostraba como un abismo caótico en el cual el país se hundía sin remedio. Una vez que la retorica y la confianza en un arreglo casual de las cosas, mostraron palmariamente su impotencia, fue preciso dejar de lado proyectos y esperanzas, que por otra parte eran apremios insoslayables, para aplicarse a disponer remedios heroicos, que por lo mismo que son los que se administran en los últimos trances, son también los que menos efectivas curan logran.

En el campo propio de la electricidad, esta fase de la situación nacional se materializo en incontables medidas que formaban una verdadera “suma” de imponderable importancia para el movimiento social y económico del país. Medidas que los errores anteriores habían hecho inevitables y que dieron la norma para una larga y dificultosa etapa de nuestra vida. Hagamos una breve reseña de ellas: se impuso un sistema de autorización previa para nuevos suministros industriales; se intento trasladar estos hacia horarios nocturnos a fin de aliviar la tensión durante las denominadas “horas de punta”; se trato de restringir el consumo domiciliario, de gravar la conexión de nuevas cocinas y se suspendió la instalación de servicios de alumbrado y la electrificación de barrios recientes. Se procuro, asimismo, de organizar un orden rotativo de cortes, con la finalidad de no perjudicar en demasía a las fábricas. Y, efectivamente, ya en el segundo semestre de 1953 se comprobaba un ligero repunte en la proporción de energía utilizada por estas.

Concurrentemente fue liberalizado hasta cierto punto el intercambio y este busco su natura cauce acrecentando el comercio con los países manufacturados, proveedores de maquinas y utilerías, y nuestras propias manufacturas pudieron así renovar equipos y contribuir mejor unas al sostenimiento de otras.

Las empresas de electricidad doblaron aproximadamente su margen de ganancia de un ejercicio al siguiente y pudieron emprender algunas tareas de reparación general. A su pesar y

el del gobierno, la inexcusable ampliación del servicio para atender los nuevos núcleos de San Martín, Morón, San Justo, Lomas de Zamora, sólo medianamente fue realizada. Por muchos motivos es cierto que el "status" establecido por las ordenanzas de 1907 y 1936, se hallaba, después de la crisis de la guerra y del discrecionalismo gubernamental, herido de muerte; su ciclo se había cerrado entre el malestar de los usuarios, la desconfianza de las autoridades y la apatía de los titulares de la concesión, aunque aún pasarían algunos años antes de declarárselo explícitamente.

Cabe que consignemos de paso la liquidación, que por entonces ocurrió de la "Compañía Luz y Fuerza Lacroze", subsidiaria de la antigua empresa de igual nombre, que implicaba una consecuencia de la situación general.

El Gobierno Provisional anunció, a fines de ese año, un cambio de rumbo en materia económica y se esperó la rectificación general de todos los ramos que la integran. Sin embargo, en lo que tocaba a la electricidad, no se hizo efectivo; al contrario, bajo la égida de esa administración la situación operacional de los servicios fue agravándose paulatinamente, "llegando a ser sumamente crítica a mediados de 1957", según reza la pertinente memoria de la CADE.

La dificultad no prevenía ya de inconvenientes en la provisión de materiales o combustibles, sino de una muy asequible razón financiera,- en el trienio 1952-1954, se había arribado de hecho a una cierta paridad estática entre el índice de suba del nivel de vida y el costo de la corriente. A partir de la fecha citada, continúa ascendiendo el primer término de la relación y se estanca en el segundo. Las consecuencias son observables en el balance de la misma CADE del año 56, donde hay una pérdida de explotación del orden de los 41 millones de pesos.

La mora empresaria origina formas de producción en que los interesados intentan dar salida a sus necesidades fuera del marco de la ineficiencia reinante, vemos desarrollarse así, durante ese período, vertiginosamente, los sistemas de autoproducción eléctrica en múltiples establecimientos industriales, ante la imposibilidad demostrada de los entes actuantes para atender la ascendente demanda. Finalmente la puesta en marcha de la gran usina de San Nicolás, 300.000 KWh, logra enjugar en parte el pesado déficit que padecía la provisión metropolitana. Para considerar adecuadamente la importancia de los hechos, es bueno no perder de vistas que en ese entonces la participación del Gran Buenos Aires en la elaboración y el consumo de electricidad era el 70% del total del país.

Y era este el que se veía constreñido por un régimen que ahuyentaba hasta las perspectivas de cualquier aumento substancial de corriente, dado el estado general de las compañías prestatarias y proyectando una imagen de escasez y atraso en el panorama de un futuro cercano; podía resumirse esa crisis en estos puntos:

1. La dificultad en los abastecimientos del extranjero.
2. La falta de márgenes apreciables de ganancia.
3. La antigüedad de gran parte de las instalaciones y redes existentes, sin la consiguiente reposición, y
4. El recelo público hacia las empresas, unido al desinterés de estas en realizar nuevas inversiones.

Todo indicaba, pues, la conveniencia de establecer un nuevo ordenamiento del suministro energético.

Así llegamos a julio de 1957, cuando por decreto del Gobierno de la Nación, se declaro nula la ordenanza municipal referente a las concesiones eléctricas dictadas en 1936 y en vigor la respectiva de 1957, que fuera subrogada por aquella y que debería caducar en el mes de diciembre de ese año de 1957; al mismo tiempo disponía el decreto citado, la intervención de la Compañía Argentina de Electricidad (CADE), a los “efectos de asegurar la correcta prestación del servicio y el oportuno cumplimiento de las obligaciones que le impone el próximo vencimiento de la concesión…”

La magnitud de los intereses en pugna y la cercanía de la elección presidencial de aquel entonces, imponía a las personerías fiscales una natural circunspección. Recién en fecha 31 de octubre de 1958 fue firmado un convenio entre el Estado Nacional y la CADE, que exigía bases completamente nuevas para la colaboración de capitalistas y autoridades en el dominio de la producción energética. En consecuencia con este convenio, la asamblea de accionistas de la CADE acordó en diciembre de ese año la disolución de la Empresa, que meses antes había cumplido medio siglo de vida.

Resuelta la disolución de la CADE, de inmediato se acordó la constitución, en 1958, de la compañía “Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires” (SEGBA). Era la formación de una sociedad mixta entre el Gobierno Nacional, la CADE y la Compañía de Electricidad de la Provincia de Buenos Aires (CEP), para la elaboración y distribución del fluido en la Capital Federal y en los siguientes 14 partidos de la provincia: Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora, Esteban Echeverría, Cañuelas, Quilmes, Almirante Brown, Florencio Varela, San Vicente, Ensenada, Berisso, La Plata, Coronel Brandsen y Magdalena.

La nueva empresa contraía el compromiso de lograr una verdadera rehabilitación del sistema generativo y de sus redes de suministro, para lo cual existía el correlativo de la Administración Publica de fijarle tarifas equitativas.

La duración del ente así formado se limitaba a 10 años, en el transcurso de los cuales el Estado procedería a rescatar las acciones pertenecientes a los intereses privados, hasta que la empresa llegara a ser por entero estatal.

La organización dada a SEGBA en su forma primera no fue duradera; se había previsto una sociedad mixta que llegaría a ser por completo estatal en el plazo de una década, mediante el rescate periódico, por parte de las autoridades, del paquete de acciones en poder del sector privado, siendo ya constitutivamente una parte del capital propiedad pública por intermedio de la Secretaria de Estado respectiva. La compra súbita de ese monto rescatable por parte del Banco Industrial de la Nación en 1961, trajo una novedad absoluta a la relación hasta ese momento conocida. Pues se hizo lógico entonces pensar que la continuación del rescate convenido, no sería sino el traspaso de valores entre distintas reparticiones de la misma administración.

Una asamblea de accionistas, en realidad de funcionarios, dispuso extender la duración de la empresa de 10 a 100 años y la distribución de una parte del capital en acciones que fueran cotizables en el mercado.

Conforta hacer notar que la transformación de SEGBA, alcanzaba ya para esa fecha, no solo a sus estatutos; asimismo la situación de la producción y de los suministros y del estado financiero, habían mejorado palpablemente. El año 1961, fue un ejercicio en el que registro un aumento substancial en la carga máxima servida del 25%, proveniente de la ampliación de la Usina de Puerto Madero y otro del 9% de la energía en aporte a la red interconectada. También las ganancias ascendían a niveles satisfactorios, calculándose que es necesario un margen de utilidad del 8% para asegurar las reinversiones y las mejoras imprescindibles a los equipos. En ese año y en el precedente, se incorporaron al sistema 178 barrios nuevos; y entretanto, acrecían su consumo todos los rubros en que se divide la actividad ciudadana, excepto el tradicional ramo tracción, mermado por la clausura de la red tranviaria. Existían, por fin, posibilidades de adquisición libre de materiales y combustibles y créditos abiertos en los principales centros financieros mundiales para encarar obras y reparaciones. Se habían logrado encausar la mayor de las compras hacia la industria nacional y también se habían vuelto principalísimo el uso de Gas Natural en la elaboración energética. Como ese elemento proviene de Campo Duran, en Salta, era justamente con lo anterior, motivo de que se ahorraran considerables cantidades de divisas al país.

Los cables se presentaban con un desarrollo de 315 Km después de años de progresos insignificantes. Por último, desaparecieron los cortes invernales en ese periodo, por tantas razones proficuo y valioso para la puesta a punto de la potencia electrónica que reclama premiosamente nuestra urbe.

Fue hecho fundamental de 1962, la incorporación a SEGBA de numerosos partidos de la zona noroeste de la Capital: Vicente López, General San Martin, Tres de Febrero, Morón, Merlo, La Matanza, Marcos Paz, General Las Heras, General Rodríguez, Moreno, General Sarmiento, San Isidro, San Fernando, Tigre, Escobar y Pilar, abarcando así 32 municipios al campo de su acción. Aunque los cómputos de producción eléctrica varían su significado en razón de estas adiciones, es posible no obstante, calcular en un 8% el valor real del incremento correspondiente a las cifras de ese año; debiendo anotarse que el siniestro sobrevenido en la Central Dock Sud, de una magnitud desconocida en los anales del servicio, mermo seriamente el total. El esfuerzo que demando durante veinte días con sus noches el reponer la planta, puede pasar por una de las tareas más preeminentes llevadas a cabo por la ingeniería argentina.

Debe apuntarse entonces una paulatina aceleración de las obras, de acuerdo a un primer plan que preveía estabilizar la situación del suministro a fines de 1964; una nueva expansión de lo producido lo hizo ascender a 1963 en un 4%; se tendieron simultáneamente 782 Km de cables, lo que debía sumarse a otros 861 del año anterior; se instalan respectivamente 99 y 60 cámaras y 104 y 39 plataformas de transformación; se colocan 69.200 y 46.795 nuevos medidores y se da corriente a 35 barrios durante dicho bienio.

**DEL 60 A LA ACTUALIDAD**

A partir de la década del 60, el Estado empezó a tener una mayor preponderancia en la formulación de políticas y asignación de recursos. En este sentido, se llevo adelante un plan ambicioso que consistía: por un lado, en aumentar la potencia instalada de generación; y por el otro, en diversificar las fuentes de energía a través de una serie de importantes obras hidráulicas. De esta manera, la estrategia de inversión por parte del gobierno consistió no solo en el desarrollo de un parque hidroeléctrico más amplio, sino también en la producción de carbón, y un incremento en la producción nacional de petróleo y gas natural. El salto cuantitativo y cualitativo en la potencia disponible y las fuentes de generación alcanzado durante este periodo, con el tiempo se vio empañado por una deficiente administración del servicio luego que el Estado tomara el control total de la empresa SEGBA. La serie de irregularidades administrativas que termino dando señales tarifarias confusas al mercado, provoco dificultades financieras en las empresas generando una inadecuada asignación de recursos y perjudicando los planes de inversión dado que los cargos cobrados por potencia no llegaban a cubrir los costos de expansión. Esta situación continuo agravándose por la cada vez mayor politización del sector, que concluyo hacia fines de la década del 80 con la reaparición de cortes programados en el servicio y la decisión de impulsar nuevamente un escenario de autogeneración, dando lugar a la mayor crisis energética que ha sufrido la Argentina: la tercera de nuestra historia.

Luego de este periodo, se inicio con la transformación del sector eléctrico a partir de la Ley de Emergencia Administrativa (23.696), que sentó las bases para la privatización de SEGBA dividiendo el negocio en tres sectores bien diferenciados: generación, transporte y distribución. Al mismo tiempo se creó el Ente Nacional de regularización de la Electricidad (ENRE), con el fin de regular la competencia y el desenvolvimiento del mercado eléctrico. En julio de ese mismo año, se lanzo la creación de la Compaña Administradora del Mercado Mayorista eléctrico S.A. (CAMMESA) quien tiene el poder de coordinar y administrar las transacciones económicas que se realizan a través del Sistema Argentino de Interconexión (SADI), a la vez que reviste carácter de organismo encargado del despacho de la energía. Inicialmente el sistema se encontraba segmentado en dos subregiones, operando dos mercados en forma aislada: el Mercado Eléctrico Mayorista (MEM) y el Mercado Eléctrico Mayorista del Sistema Patagónico (MEMSP).

Este periodo estuvo acompañado por una fuerte presencia de inversores privados, principalmente en los sectores de generación y distribución, sumando alrededor de 8.600 MW de potencia entre 1992 y 2001, lo que contribuyo en el mediano plazo a instalar entre los consumidores la sensación de sobreoferta que se vivió a comienzos del siglo XXI. El sector de transporte, por el contrario, quedo algo rezagado respecto de los anteriores y muchos de los proyectos pensados durante esta etapa no se llevaron a cabo sino hacia mediados del periodo siguiente.

El siguiente periodo, arranco con el advenimiento de la crisis económica que tuvo lugar hacia fines del 2001. Con la devaluación del peso, la pesificación de los contratos y el congelamiento de las tarifas d servicios públicos, fueron frenadas virtualmente todas las inversiones en el sector. La oferta de potencia instalada presentaba ahora un excedente como consecuencia de la brusca caída de la demanda a partir de la recesión de 1998, que luego se profundizo en los años de la crisis económica. Esta sobreoferta permitió comenzar a pensar en proyectos de exportación hacia países limítrofes.

A partir del año 2003, la velocidad en la recomposición de la demanda, tanto industrial como residencial, rápidamente agoto las reservas de potencia con la que contaba el sistema. En un contexto de rentabilidad negativa, los años posteriores fueron testigos de la falta de inversión en infraestructura energética en los sectores que aun hoy se encuentran mayormente en manos privadas: generación y distribución. Solo se registraron durante este último periodo importantes inversiones estatales en el transporte de energía, lo que permitió aumentar la capacidad de transporte de potencia facilitando el acceso a la misma de regiones anteriormente marginadas, a la vez que se integro el sistema de interconexión patagónico al SADI que comprende las redes de alta y extra - alta tensión.

Desde el año 2004, nuevamente la dificultad en el abastecimiento de cierto tipo de combustibles (esta vez gas natural y gasoil), empezó a afectar al parque térmico de generación en los meses más fríos del año.

En 2007, este ultimo hecho junto con los bajos niveles de agua que presentan varias de las cuencas ms influyentes sobre la disponibilidad del parque de generación hidráulica, han logrado disminuir la oferta de energía a niveles preocupantes, debiendo recurrir a la implementación de cortes en el suministro a la industria, al mismo tiempo que se alcanzan niveles record de importación de energía desde las líneas originalmente pensadas para exportarla hacia el Brasil.